

HEIMITO VON DODERER

RELATOS BREVES
Y MICRORRELATOS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL «Kurz- und Kürzestgeschichten»
de la obra *Die Erzählungen*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2006 by Verlag C.H. Beck oHG, Múnich
© de la traducción, 2013 by Roberto Bravo de la Varga
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta traducción cuenta con una ayuda del
Ministerio austríaco de Educación, Arte y Cultura

ISBN: 978-84-15689-65-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 6993-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Retorno a la juventud	7
El golfo de Nápoles	12
En el laberinto	20
Un instinto infalible	27
Funeral de campaña para un amor	36
El dogo <i>Wanda</i>	47
Las tribulaciones de <i>Puntschi</i> . Escenas de la vida de un perro de aguas	52
Una mujer tatuada	58
Cómplice involuntario	69
Encuentro al amanecer	76
Léon Pujot	83
Aimée	95
La amputación	101
El partido de hockey	110
El apellido perdido	116
Un temporal de nieve	120
El incendio	123
El callejón de la compasión	126
Un obispo se vuelve loco	130
Iluminación cambiante	134
Ella se vende	140
Una persona de porcelana	149
La alondra	156
Ocho ataques de ira	
<i>Respeto a la ancianidad</i>	162
<i>La notificación</i>	162
<i>Los platos</i>	163

<i>La intimidación</i>	164
<i>Morir de un ataque de rabia o El saponcio</i>	165
<i>Una explosión accidental o Las consecuencias del viaje espacial</i>	166
<i>De una vieja carta</i>	167
<i>La hora de las tinieblas</i>	168
Nueve microrrelatos	
<i>El desayuno</i>	170
<i>Nuestra época</i>	170
<i>El amor</i>	170
<i>Caracteres</i>	171
«¡Hurra! ¡La vieja no va a tener un niño!»	171
<i>La fatalidad</i>	172
<i>Sea prudente cuando viaje</i>	172
<i>La verdad desnuda</i>	173
<i>La casa de Quassi</i>	173
El bien de la familia	175
El tormento	177
Decadencia de una familia de porteros de Viena en el año 1857	179
El ogro	183
Una mañana de verano	185
Sonatina	189
Trethofen	192
El talento enterrado	196
Artes oscuras	198
Una casa en las afueras	202
Unidos en cuerpo y barba	205
El librero	211
Baile en el café Kratzki o Una panda de alborotadores	213
Relato	215

RETORNO A LA JUVENTUD

Deja que el tiempo se quede como está, no intervengas, se revuelve constantemente y pasa como un torbellino ante tu pensamiento arrastrando consigo los vagos escombros de una forma, los colores y objetos que recuerdas: un cinturón, amarillo y apretado, que ceñía un flamante uniforme de campaña de color verde...

Igual que aquellos muchachos vestidos con guerreras, cuyas mangas dejaban a la vista las manos de un escolar, con las uñas mordisqueadas, manchadas aún por las peculiares travesuras que habían hecho debajo del pupitre, como, por ejemplo, rellenar de tinta proyectiles modelados con plastilina...

No es lo que se ha mencionado ni nada de lo que conocemos lo que más nos conmueve cuando lo vemos surgir de nuevo de la corriente del tiempo que pasa, que se aleja de nosotros buscando remotas orillas; no es esa experiencia, no es aquella anécdota, no es desde luego el amor declarado o la gran batalla con todo su fragor, no es nada que se pueda señalar o que alguien pueda reclamar para sí.

Lo que ha permanecido intacto, eso es, ése es el tesoro que reposa en el pasado, el tesoro ignorado que jamás tocamos, que jamás nos hemos dignado mirar y, por eso, se ha conservado íntegro, como entonces, sin que nadie lo sepa.

Y ahora, de repente, el recuerdo fluye y se condensa en espesas nubes que cubren nuestra frente, a izquierda y derecha; entre ellas—; con colores increíblemente nítidos, que jamás podrían darse en el exterior!—se acerca casi hasta to-

carnos un fragmento de otro tiempo, sumamente modesto, pero tan luminoso que arde inflamado en llamas.

El 21 de septiembre de 1920 me desperté poco después de las siete de la mañana en una habitación que había cambiado y que me resultaba extraña y enteramente nueva. Arrastraba entonces una pesada carga de vivencias que llegaba hasta más allá de los Urales y se internaba en las estepas del norte de Kirguistán, que había recorrido con unos cuantos camaradas con los que había huido de Rusia y regresado a casa; en aquel entonces no hacía tanto que me encontraba de nuevo en Europa. Esa mañana, cuya fecha coincidía con el comienzo de la escuela—¡en su momento tan importante!—, me animó a arreglarme rápidamente. Pronto estaba junto a la ventana, con unos cuantos cuadernos bajo el brazo, viendo la peregrinación que emprendían cada día los estudiantes, grandes y pequeños, revoltosos y obedientes, todos con sus carteras o sus hatillos de libros. Sin pensarlo dos veces (fiado de que entonces aún tenía un aspecto juvenil), bajé corriendo y al instante me encontré andando yo también en dirección al instituto. El camino a clase aquella mañana de otoño soleada y húmeda, en medio de otros que iban en la misma dirección, no me ofreció más que casas, jardines y cielo abierto; todo quedaba ahí fuera, sin dejar nada en mi interior (y no era poco lo que había esperado). En la escalera de la escuela, antes de llegar a la segunda planta, el tercer peldaño contando desde arriba seguía estando algo roto por una parte (tengo que decir que de momento no me sentía en absoluto acobardado; nada de eso). El aula de octavo A. Unos veinte compañeros.

—Me llamo Stangeler, he llegado ahora mismo y el director me ha dicho que debo incorporarme a esta clase,

antes estaba en Kremsmünster... ¿Qué asignaturas tocan hoy?

—Latín, historia, matemáticas...

—¿Cómo se llaman los profes?

Así fue como me enteré de que ese día ninguno de mis antiguos profesores iba a pasar por allí, de modo que nadie me reconocería... ¡Todo iba saliendo a las mil maravillas!

—¡Hoy tenemos que leer la *Germania* de Tácito!

Suena el timbre.

El profesor entra.

Se guarda un moderado silencio, los chicos se levantan.

—Perdone, señor profesor, un nuevo alumno...

—Salga usted.

—¿Así que el señor director le ha pedido que se incorpore a esta clase? Bueno, está bien, si el otro grupo está completo, tendrá que ser así naturalmente.

Nombre, edad («dieciocho años»).

—¿Qué notas ha obtenido en latín y griego en Kremsmünster? Bueno, eso ya lo veremos. Siéntese—dijo, mientras añadía una nueva entrada en su cuadernillo.

¡Muy bien! ¡Sólo había de seguir así! Traté de convencerme con todas mis fuerzas de que iba a ser una mañana «deliciosa», tuve que obligarme a creer en ello, pues de otro modo me habría quedado bloqueado, en una situación más que embarazosa. Incluso acerté a responder cuando me preguntaron por el primer valor que tuvo la palabra *sinus* (el término se utilizó originalmente para referirse al pliegue de la toga, luego pasó a significar arco o cualquier recodo en general, también el que forma el mar en una bahía...). El antiguo bedel, al que yo conocía perfectamente, entró para dar un recado al profesor... Me agazapé de inmediato debajo del pupitre, por lo que fui reprendido.

Media hora más tarde dio la casualidad de que el direc-

tor entró en el aula (un hombre nuevo, al que yo no conocía). El profesor le preguntó por mí.

—¡No he visto a esta persona en mi vida!—dijo el anciano caballero cuando me levanté del banco.

Mi embuste saltó por los aires y me invitaron cortésmente a marcharme de allí en medio del alborozo de la clase. Eso fue todo.

Por la tarde me adentré en el Prater, observé al fondo los lejanos destellos del sol allí donde el canal del Danubio, orlado de fábricas, traza una curva; las hojas caídas crujían bajo mis pies; los troncos lisos, de color negro, que se alzaban a lo lejos, se ofrecían a mi vista como si fueran las teclas de un piano; la fronda se agotaba en sí misma; más adelante se vislumbraba el tímido centelleo del agua. Después de aquella mañana, en la que se habían frustrado mis expectativas de vivir nuevas experiencias, tampoco me quedaba humor para abrirme a recuerdos de ningún tipo y, lo que es más importante, ya hacía mucho que había abandonado tal propósito, de manera que pude gozar plenamente de la dicha de estar allí. En el bosque rojizo, entresacado, se abrían entonces amplias sendas cubiertas de hierba que se deslizaban libremente perdiéndose en una infinita lejanía; detrás, al otro lado del canal, se perfilaba la irregular silueta de la ciudad. En medio de la pradera había un grupo de abetos rojos, cerrado como una habitación, el suelo liso, cubierto por las agujas de las coníferas. El sol lucía con fuerza, en toda su plenitud, y después de calentar durante todo el día había conseguido disipar la humedad propia del otoño que se acumulaba ahora en el suelo; el ambiente estaba seco y la temperatura era agradable. Vi cerca de mí una raíz descarnada, junto al tronco de un pino silvestre, algo más grueso que los demás, y decidí descansar allí recostándome sobre él. Saqué del bolsillo el periódico doblado, que me moles-

taba para sentarme, y lo coloqué a mi lado bajo el sol. Entonces miré por encima del papel blanco hacia el otro lado, en dirección al canal, una lámina de agua que temblaba ligeramente con las olas y corría por allí fuera haciendo que el entorno se volviera blando y plástico, y no se alzara ya rígido frente a mí, suspendido en el tiempo; al contrario, estaba deshaciéndose...

Veo nubes que fluyen a izquierda y derecha, entre ellas se acerca casi hasta tocarme cierta mañana, con unos colores increíblemente nítidos, que jamás podrían darse en el exterior, mi mañana de escuela, la que en otro tiempo había pasado en este mismo árbol haciendo «novillos», recostado bajo el sol; a mi izquierda tenía unas cuantas partituras blancas, refulgentes, que me habían servido para disfrutar de un poco de música.

Pero de esto no me di cuenta entonces, sino luego, cuando el incendio de la tarde ya se extinguía y quedaba reducido a una pequeña hoguera de color rojo oscuro al otro lado del canal.